

POIÉSIS

ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social
FUNLAM

LA GUBERNAMENTALIDAD Y LAS PSICOCIENCIAS

Jairo Gallo Acosta¹

“El explorador no se interesaba mucho por el aparato y, se paseaba detrás del condenado con visible indiferencia, mientras el oficial daba fin a los últimos preparativos, arrastrándose de pronto bajo el aparato, profundamente hundido en la tierra, o trepando de pronto por una escalera para examinar las partes superiores. Fácilmente hubiera podido ocuparse de estas labores un mecánico, pero el oficial las desempeñaba con gran celo, tal vez porque admiraba el aparato, o tal vez porque por diversos motivos no se podía confiar ese trabajo a otra persona”

“Este aparato -dijo, tomándose de una manivela, y apoyándose en ella- es un invento de nuestro antiguo comandante. Yo asistí a los primerísimos experimentos, y tomé parte en todos los trabajos, hasta su terminación. Pero el mérito del descubrimiento sólo le corresponde a él. ¿No ha oído hablar usted de nuestro antiguo comandante? ¿No? Bueno, no exagero si le digo que casi toda la organización de la colonia penitenciaria es obra suya. Nosotros, sus amigos, sabíamos aun antes de su muerte que la organización de la colonia era un todo tan perfecto, que su sucesor, aunque tuviera mil nuevos proyectos en la cabeza, por lo menos durante muchos años no podría cambiar nada. Y nuestra profecía se cumplió; el nuevo comandante se vio obligado a admitirlo”

Franz Kafka. La colonia penitenciaria

Foucault señala que en el siglo XVIII algo vino a instaurarse, ese algo que venía desarrollándose desde el XVI, y ese algo era una nueva técnica de gobierno, donde se pasa de la dominación (soberanía) de unos súbditos para el bien del mismo soberano, al bien común, el bien del pueblo, la felicidad de la población. En este punto Foucault pasa a analizar el modo en que se gobierna a los hombres, donde define gobernar desde la razón de Estado “es actuar de tal modo que el Estado pueda llegar a ser sólido y permanente, pueda llegar a ser rico, pueda ser fuerte a todo lo que amenaza o destruirlo” (Foucault, 2007).

¹ Psicólogo. Magíster en Psicoanálisis. Doctorando en Ciencias Sociales y Humanas.
jairogallo75@yahoo.com.ar

Las prácticas de gobierno que se comenzaron a desarrollar a partir del siglo XVIII, es lo que va a llamarse liberalismo, en la cual la gestión es lo preponderante, la gestión de la población, la inclusión de la libertad en la racionalidad política, o los mecanismos a través de los cuales el gobierno asegura a su población, pero sobre todo la inclusión de la economía en la razón gubernamental: “la economía política va a habitar en el interior mismo de esta razón gubernamental que los siglos XVI y XVII habían definido, y no va a ser exterior como las limitaciones anteriores procedentes del derecho” (Foucault, 2007).

En esta razón gubernamental también comienza a desaparecer los dispositivos de control o disciplinarios y comienzan a aparecer los dispositivos de seguridad, internos y externos (interno), policía y los externos el ejército. La policía garantiza el orden interno del estado, la policía es un dispositivo de gobierno del Estado, defender la sociedad de los enemigos internos del mismo estado, así como la gestión de la población, el hambre y la opinión. No por nada Foucault desplaza el concepto de biopoder por el de seguridad. Estos mecanismos de seguridad o dispositivos de seguridad funcionan en espacios de seguridad o securitarios, como el gobierno de la ciudad, modulando la multiplicidad, no reprimiéndola, modulando “sociedades de control”, regulación de la multiplicidad, eso es lo que interesa a los regímenes neoliberales, que todos estén sintonizados en un lugar (urbanismos), la gestión de la circulación y el movimiento. Es por eso que Foucault en su seminario Seguridad territorio y población (2006) comenta que los dispositivos de seguridad no se dirigen a la normatización de los cuerpos sino a normalizar un acontecimiento (la escasez, el hambre, las epidemias) allí opera la estadística.

Los dispositivos de seguridad tratan de calcular el riesgo, gobernar la criminalidad, a diferencia del poder soberano que trataba de derrocar al criminal, estos dispositivos gestionan la criminalidad a los niveles que puedan ser considerados aceptables. Gobernar significa gestionar la enfermedad, la escasez, gestionar la violencia intrafamiliar. No se trata de disciplinar, sino de gobernar, (administrar y gestionar) la enfermedad o a la escasez, logrando la normalización del acontecimiento. La cuestión no eliminar sino gobernar, reducir los índices, los riesgos.

La economía liberal inventa unas nuevas formas de gubernamentalidad - por eso para Foucault el liberalismo es antes que nada una doctrina de gobierno -, donde las clásicas razones del Estado tienen que transformarse en un saber que tiene como objeto la riqueza de la nación, la nación poco a poco se va convirtiendo en una gran empresa.

La Gubernamentalidad no solo abarca el gobierno del Estado y de las instituciones sino el gobierno de sí. En el liberalismo se presupone que los sujetos se comienzan a gobernar a sí mismo, es lo que el neoliberalismo va a retomar para desarrollar los sujetos expertos en sí mismo, autocuidados, es por eso que Foucault investiga el desarrollo de una razón gubernamental-neoliberal, que tiene como objetivo el de una política sobre la vida, administrar la vida, es decir, ser empresario de sí mismo, de su vida, multiplicando el modelo económico al individuo y familia y a sus relaciones sociales.

Lo anterior expuesto por Foucault se podría relacionar con los planteamientos de Gary Becker (1987), donde la racionalidad económica - reemplazando incluso las razones de Estado clásicas o convirtiendo las razones de Estado en razones económicas- aplica a todos los comportamientos de las personas, incluyendo el núcleo familiar como una pequeña empresa. Becker visualiza el matrimonio como empresa, el matrimonio como estrategia del capital humano, el matrimonio como un contrato que tiene costos y beneficios. El costo es sacrificar independencia y asumir compromisos. El beneficio es que el matrimonio proporciona compañía y la oportunidad de especializar el trabajo en el hogar. Como lo muestra Becker en este nuevo liberalismo (neoliberalismo) no hay principio de solidaridad, sólo interesa el capital de esos “humanos”, sólo interesa el empresario de sí mismo: capital humano, y lo que se ofrece como mercancía son competencias, y cada sujeto tiene que hacerse empleable en ellas.

Esta teoría del capital humano es un tránsito del liberalismo al neoliberalismo, el tránsito de la economía que se encargaba de las riquezas de las naciones a una ciencia del comportamiento humano, el paso de una teoría que se encargaba de cuantificar las riquezas (economía) a eso que Foucault define como economía política “dentro del análisis de las riquezas, se pudo incluir el sujeto - objeto que es la población (...) se dejó de hacer el análisis de

las riquezas y se abrió un nuevo dominio de saber que es la economía política”(Foucault, 2006: 104).

Al introducir sujetos (población) se introducen nuevos problemas en la reflexión política contemporánea, ¿cómo hacer circular en las ciudades a esa población para un beneficio económico de todos?, allí se requiere una organización capitalista de la ciudad, libre circulación de cuerpos y cosas. En lo anterior ya no sirve las técnicas disciplinarias y de control sino otros dispositivos para gobernar a las multiplicidades que se agolpan en las nuevas ciudades liberales, eso es lo que Foucault llamará en un momento determinado “biopolítica”.

Al parecer, a partir del siglo XVIII y XIX se comienzan a entrelazar los dispositivos económicos como el familiar, y el de la política como el gobierno de la polis, para configurar una economía política que interviene en todas las posibles esferas humanas.

La disciplina intenta regir la multiplicidad de los hombres en tanto que esta multiplicidad puede y debe resolverse en cuerpos individuales para vigilar, enderezar, utilizar, eventualmente castigar. La nueva tecnología que se implementa se dirige a la multiplicidad de los hombres, pero no en tanto que estos se resumen en cuerpos, sino en tanto que aquella forma, por el contrario, una masa global, afectada de procesos de conjunto que son propios a la vida, procesos como el nacimiento, la muerte, la producción, la enfermedad, etc. por lo tanto, luego de una primera captura de poder sobre el cuerpo que se hizo a partir de la individualización, tenemos una segunda captura que no es individualizante sino masificante, que se hace en dirección no del hombre-cuerpo, sino del hombre-especie. Luego de la anátomo-política del cuerpo humano, implementada en el curso del siglo XVIII, vemos aparecer, al final de este siglo, algo que no es más una anátomo-política del cuerpo humano, sino algo que yo llamaría una «biopolítica» de la especie humana (Foucault, 2000).

La libertad se va conjugando con los nuevos dispositivos de seguridad, y allí la población es el objetivo principal, organizar la población para el trabajo y para la circulación a esos trabajos en las ciudades. Para Foucault el liberalismo consume libertad, es una práctica gubernamental y económica (economía política).

Si yo utilizo el término “liberal” es en principio porque esta práctica gubernamental que está por implementarse no se contenta con respetar tal o cual libertad, con garantizar tal o cual libertad. Más profundamente, es consumidora de libertad. Lo es en la medida en que puede funcionar sólo donde hay, efectivamente, un cierto número de libertades: libertad del mercado, del vendedor y del comprador, libre ejercicio del derecho de propiedad, libertad de discusión, eventualmente libertad de expresión, etc. La nueva razón gubernamental necesita libertad, el nuevo arte gubernamental necesita, pues, libertad; el nuevo arte gubernamental consume libertad [...] El liberalismo en el

sentido en el que yo lo entiendo, este liberalismo que puede caracterizarse como el nuevo arte de gobernar formado en el siglo XVIII, implica una relación de producción/destrucción con la libertad. Es preciso, con una mano, producir la libertad, pero este gesto mismo implica que, por el otro, se establezcan limitaciones, controles, coerciones, obligaciones apoyadas en amenazas, etc. (Foucault, 2007: 83 -84).

La libertad y la seguridad entran a jugar en esa nueva razón gubernamental que se llama liberalismo, ya que no hay liberalismo sin cultura del peligro (Foucault, 2007), así que el problema no es la obediencia y sus formas de legitimización sino eso que Foucault llama la nueva ontología de la “vida en la historia”, que “hacer valer la libertad del sujeto” en la constitución de la relación consigo y en la constitución de la relación con los otros, libertad y vida, nuevas formas de poder que trastocan los antiguos dispositivos de control y de soberanía: “La biopolítica es entonces la coordinación estratégica de estas relaciones de poder dirigidas a que los seres vivos produzcan más fuerza. La biopolítica es una relación estratégica y no un poder de decir la ley o de fundar la soberanía” (Lazzarato, 2000).

Tanto la teoría del capital humano y la construcción del empresario de sí mismo son producciones tecnológicas del neoliberalismo, surgiendo otra definición de la economía: “es la ciencia del comportamiento humano, como una relación entre fines y medios escasos, que tienen usos que se excluyen mutuamente” (Foucault, 2007), en esta definición de lo que se trata es de analizar el comportamiento y todos los mecanismos internos de ese comportamiento. Esta nueva economía estudiará el trabajo como conducta económica, donde el trabajador aparece como una empresa para sí mismo, unidades empresas.

En efecto, el sistema capitalista penetra más profundamente en nuestra existencia. Tal cual ha sido instaurado en el siglo XIX, este régimen fue obligado a elaborar un conjunto de técnicas políticas, técnicas de poder, por las cuales el hombre se encuentra ligado a algo como el trabajo; un conjunto de técnicas por las cuales el cuerpo y el tiempo de los hombres devienen tiempo de trabajo y fuerza de trabajo y pueden, efectivamente, ser utilizadas para transformarse en plusvalía. Pero para que haya plus-ganancia, es necesario que haya sub-poder. Es necesario que, a nivel mismo de la existencia del hombre, una trama de poder político microscópico, capilar, se haya establecido, fijando a los hombres al aparato de producción, haciendo de ellos agentes de la producción, trabajadores. La conexión del hombre al trabajo es sintética, política; es una conexión operada por el poder. No hay plusvalía sin subpoder. Hablo de subpoder ya que se trata del poder que acabo de describir y no del que se llama, tradicionalmente, poder político; no se trata de un aparato de Estado ni de la clase en el poder, sino del conjunto de pequeños poderes, de pequeñas instituciones situadas en un nivel más bajo. Lo que yo pretendí hacer es el análisis del subpoder como condición de posibilidad de la plusvalía (Foucault, 1996).

La gubernamentalidad al comenzar a estar al servicio del “libre mercado” comienza a perder parte de su poder o a cederlo en esos pequeños poderes que Foucault comenta, donde la “forma de gobierno” más propia del “libre mercado” es una suerte de *laissez-faire* político, allí el mismo estado comienza a interesarse por esas “pequeñas cosas” humanas: el amor, las relaciones afectivas, las emociones como las llama la socióloga Eva Illouz (2007), donde entra el tema de las intimidades congeladas o las emociones en el capitalismo, el consumo de sustancias psicoactivas, y en ese pseudo intervencionismo del Estado – pseudo porque al final no es el Estado sino los “intereses del mercado” lo que impone dicho intervencionismo –, es donde comienzan a aparecer las terapias psi, y es precisamente en el Estado donde se había hecho una apuesta liberal y neoliberal donde estas terapias toman un auge mayor. “En el contexto estadounidense, la terapia pudo convertirse en una narrativa importante – narrativas de identidad, a saber, la narrativa de autoayuda” (Illouz, 2007)

El Estado estadounidense al convertirse en el principal generador del discurso terapéutico y psicológico, guiando la política (estatal) en el gestionar la vida, para así hacer circular el capital, alimentado no ya del trabajo de los sujetos sino de las propias vidas de esos sujetos. Así la política se entrelaza con lo terapéutico y los discursos psi, capitalizando todas las esferas de la vida de esos sujetos: “El discurso psicológico proporcionó uno de los principales modelos para el individualismo que el estado adoptó y propagó” (Illouz, 2007).

Las prácticas terapéuticas tendieron a apaciguar y anestesiar las condiciones de existencia inmersas en el capitalismo tardío, prácticas que sirvieron como dispositivos de regulación social, por eso su finalidad hedonista para evitar el dolor, el cual se manifiesta en un sinnúmero de síntomas o malestares sociales: fracaso, fatiga, stress, vacío, angustia. Pero esta promesa de hedonismo lo que generó fue una infelicidad generalizada que a su vez ha necesitado de otras prácticas que ayuden a alcanzar ese fin.

La primera institución, y tal vez la más penetrante, responsable de la consolidación de la terapia en la cultura estadounidense fue el Estado. La masiva adopción del discurso terapéutico por parte del estado se relacionó con el hecho de que en la posguerra existió una gran preocupación por el tema de la adaptación social (Illouz, 2007).

Los Estados y las empresas se aliaron -económicamente por supuesto - para hacer un Estado terapéutico como lo describe Tomás Abraham (Ferrer, 1990) o como lo comenta Illouz, los psicólogos lograron reconciliar los dos presupuestos de la filosofía de Smith - la riqueza de las naciones y la teoría de los sentimientos morales. Aquí se puede analizar al Estado promoviendo el individualismo liberal y capitalista, donde se invoca el "yo puedo" o el "yo puedo, solo", y así se construye un presente perpetuo donde hay que estar feliz, y el mañana será un nuevo presente con igual o mayor felicidad- por eso no hay cabida para la muerte - de ahí que el pensamiento trágico o la tradición clásica de ciertas escuelas europeas salga de circulación en muchos medio estadounidenses - incluyendo el universitario -, y así comienza a circular el pensamiento positivo, la esperanza, la autorrealización, la autosuperación, la autoayuda. La labor del terapeuta no es tanto curar la enfermedad sino darle habilidades, competencias para autoayudarse y autogestionarse.

De la misma manera que el aumento de credenciales se vio acompañado de nuevas formas e instrumentos de clasificación en torno del concepto de inteligencia (lo que dio lugar al famoso CI; que, a su vez, sirve para clasificar y jerarquizar diferentes posiciones sociales) el capitalismo emocional que describo da lugar al concepto de inteligencia emocional introduce nuevas formas de clasificación y distinción. Al convertir la personalidad y las emociones en nuevas formas de clasificación social, los psicólogos no sólo contribuyeron a hacer del estilo emocional una divisa social- un capital-, sino que también articular un nuevo lenguaje de personalidad para obtener ese capital (Illouz, 2007).

La competencia emocional puede dar recursos para esas identidades divergentes que el mismo capitalismo ha causado, las emociones y los afectos pasan a convertirse en una mercancía más, la cual se puede consumir, comprar y vender con tal que alguien pueda alcanzarla y así llegar a ser feliz o mejor.

En conjunción con el lenguaje de la productividad y la mercantilización de la personalidad en el campo de la salud mental, la corriente psicológica transformó el yo emocional en una representación y en unos textos públicos, operados en una variedad de lugares sociales como la familia, la empresa, los grupos de apoyo, los talk shows televisivos e Internet (...) que es el último avance de ese proceso, pues presupone un yo psicológico que puede aprehenderse a sí mismo por medio de textos, clasificarse y cuantificarse (Illouz, 2007)

Internet es la mejor manera de evidenciar que las identidades congeladas (yo), estas se muestran por medio de un perfil donde se coloca a la venta al mejor postor o aquel que mejor se identifique a esa idealización, es

decir, se venden personalidades, seres sociables, seres autorrealizados consigo mismo y con los demás.

El tema de la autorrealización fue fundamental para la penetración del mercado en la esfera privada y las personas que no tienen una vida no realizada son objetos de todo tipo de prácticas para que puedan acceder a esa realización (que casi siempre es sinónimo de una vida exitosa y productiva).

Los psicólogos parecía prometer nada menos que aumentar las ganancias, combatir los conflictos laborales, organizar relaciones no confrontativas entre gerentes y trabajadores, así como neutralizar las luchas de clases mediante la incorporación al lenguaje benigno de la personalidad y las emociones (Illouz, 2007).

Volviendo a Foucault, el problema que plantea con respecto al tema anterior consiste en estudiar las prácticas asociadas con el arte liberal de gobernar, que articuladas con un “régimen de verdad”, pudieron hacer que existiera lo que antes era impensable: el “liberalismo clásico”, que, después de su formación original, dará lugar al neoliberalismo norteamericano, imponiéndose sobre el ordoliberalismo alemán. De estos dos, surgirá la proliferación del modelo empresa, que pretende marcar con sus ritmos los asuntos más sublimes y triviales de nuestra sociedad. De allí que la tesis del autor subraye que el liberalismo es “rejilla de inteligibilidad” de la biopolítica; es decir, que aquello entendido como práctica o “principio y método de racionalización del ejercicio del gobierno” (Foucault, 2007), es condición de posibilidad de ésta.

“La obligación de los ciudadanos de convertirse en sujetos responsables, en individuos que deben “realizarse a sí mismo/as”, constituye una de las características de la gubernamentalidad en las sociedades neoliberales” (Rose, 2007).

El problema es que las disciplinas psi en la actualidad a pesar que retoman la viejas cuestiones planteadas por Tolstoi sobre: ¿qué debemos hacer y cómo debemos vivir?, desde sus conocimientos expertos y positivos (Rose, 2007 no pueden resolver esas cuestiones, ya que estas prácticas no pretenden indagar sobre esas preguntas, sino precisamente apartarlas, porque esas cuestiones desarticulan las supuestas armonías que ayudan y permiten la consecución de la productividad y el éxito.

Es por eso que se necesitan de prácticas terapéuticas que no sólo ayuden a la formación de sujetos que repiten hábitos sino de la apropiación y automatización de las conductas “saludables” y “buenos pensamientos” que conducen a la productividad y al éxito, posiciones que mejor se adaptan al sistema neoliberal y capitalista.

La modernidad ha creado prácticas para lograr el control de las poblaciones, y la regulación de los individuos mediante las coerciones científicas de la sujeción más que liberar. La familia y la escuela dentro de esas sujeciones han cumplido una función primordial en la educación de los cuerpos y las almas (psique).

Para lograr los fines de sujeción, se ha privilegiado una especie de neoconductismo dentro de las políticas de gubernamentalidad para así transformar “la vida familiar en un espacio técnico dirigido por estrategias aprendidas (...) Pacientes que solicitan dirección vital para decidir sobre amores y rupturas, prácticas de cuidados familiares, de control de vicios que antes se transmitían de generación en generación, ahora se pierden y exigen pericia técnica: como criar a los niños, cómo cuidar a los viejos, cómo negociar cada crisis de pareja, cómo ser padres, cómo jubilarse sin traumas (Álvarez - Uría; Varela, 2007).

Nikolas Rose enfatiza en esa conducción de conductas del gobierno ha ayudado a la conducción de las personas, y retomando a Foucault muestra como la gubernamentalidad pasó a convertirse en una administración de la conducta.

Cuando hablo de gobierno no me refiero a un conjunto concreto de instituciones políticas, sino a cierto modo de pensar acerca del poder político y de intentar ejercerlo: el territorio delimitado por el sinnúmero de esquemas, sueños, cálculos y estrategias para la “conducción de la conducta” que proliferaron durante los dos últimos siglos (Foucault, 1991). En el transcurso del siglo XX, las normas, los valores, las imágenes y las técnicas psicológicas llegaron a moldear cada vez más la manera en que las diversas autoridades sociales piensan acerca de las personas, sus defectos y sus virtudes, su estado de salud y enfermedad, su normalidad y su patología. Se incorporaron objetivos construidos en términos psicológicos (normalidad, adaptación, realización) a los programas, sueños y esquemas para regular la conducta humana. La administración de las personas tomó un tinte psicológico desde lo “macro” (los aparatos de bienestar, de seguridad y de reglamentación laboral) hasta lo “micro” (el lugar de trabajo, la familia, la escuela, el ejército, la sala de un tribunal, la cárcel o el hospital). La psicología quedó incorporada a las técnicas y

a los dispositivos creados para gobernar la conducta, y ha sido utilizada no sólo por los mismos psicólogos, sino también por los médicos, los sacerdotes, los filántropos, los arquitectos y los maestros. Es decir que las estrategias, los programas, las técnicas y los dispositivos, así como las reflexiones sobre la administración de la conducta que Michel Foucault denomina gubernamentalidad o, simplemente gobierno, se “psicologizaron” cada vez más. El ejercicio de las formas modernas de poder político ha quedado vinculado intrínsecamente a un conocimiento de la subjetividad humana (Rose, 1996)

Pero esta psicologización no sólo colocó a la psicología como una ciencia que se especializa en lo que los sujetos “deben hacer” dentro de la lógicas neoliberales, estas también cayeron en una especie de trampa construida por ellas mismas, al hacer avanzar y tratar de generalizar unas prácticas psicológicas (psicologizando la vida cotidiana) para que los sujetos pudieran autogobernarse -con apoyo del Estado, ya que este había perdido parte del control de sus gobernados -. Estas prácticas condujeron a que las figuras de los expertos Psi, cada vez se desdibujen más, incluso, estos profesionales en la actualidad tienen que compartir su experticia con otras profesiones o nuevas prácticas que van de las practicas de la new age hasta las ancestrales.

Pero estas nuevas prácticas así como las tradicionales practicas “psi” han podido convalidarse en el presente por medio de una supuesta tradición - creada por esas mismas prácticas - que las “historias recurrentes” (Rose, 1996) han fundamentado, considerando como el mismo Rose lo comenta: “que el presente es la culminación del pasado y el lugar desde el cual se pone de manifiesto su historicidad. Sin embargo, esas “historias recurrentes” son más que una “ideología”: desempeñan un papel constitutivo en la mayoría de los discursos científicos porque usan el pasado para deslindar el régimen de verdad contemporáneo de una disciplina y, al hacerlo, no solamente usan la historia para vigilar el presente, sino también para moldear el futuro” (Rose, 1996).

Parece que las psicociencias tomaron el camino de la prefectura de policía - eligiendo uno de los dos caminos que señalaba Canguilhem en su famoso texto ¿qué es la psicología? - queriendo legitimar un presente (régimenes de verdad), posicionándose como guardianes de ese régimen: “Aplicando criterios de inclusión y exclusión, dichas historias ejercen la función de gendarmes en las fronteras de la disciplina. Desempeñan su papel

estableciendo una división entre lo que se puede decir y lo que no se puede decir, entre lo pensable y lo impensable” (Rose, 1996).

Las psicociencias al colocarse como gendarmes, protegen y brindan seguridad mediante la elaboración de una gran variedad de técnicas y prácticas para disciplinar, vigilar, formar y administrar a las poblaciones y a los seres humanos que las conforman, esto se pudo lograr mediante la psicologizaron de diversos espacios: las fábricas, los tribunales, las cárceles, las aulas, los dormitorios, los espacios urbanos, logrando que la realidad en esos espacios se ordenara dentro de una taxonomía psicológica.

Así las técnicas y los dispositivos creados para gobernar la conducta se incorporaron a la psicología, y la gubernamentalidad se psicologizó, mejorando la capacidad de los individuos para ejercer autoridad sobre ellos mismos (Rose, 1996) y así regular sus propias conductas, esto lo convierte en la forma más poderosa de gobernar, ya que actúa sobre las acciones de los sujetos, pero ya no ejerciendo un poder directo sobre ellos -mediante dispositivos disciplinarios o de control - sino desde el mismo gobierno que los sujetos ejercen sobre sí mismo, en este sentido la autoridad (gobierno) no es un soberano sino un experto psi, que desea el bienestar para todos, la felicidad para todos, a la que todos los sujetos pueden acceder, y así son gobernados, configurando una manera eficaz de gobernar: el autogobierno, porque no hay mejor gobernante para un sujeto que el mismo.

Bibliografía

Álvarez-Uría, F. y Varela J (2007) "¿Miserias sociales o malestares íntimos? Conversación con Guillermo Rendueles", en Archipiélago: cuadernos de crítica de cultura, N° 76, septiembre, 2007.

Becker, Gary (1987): Tratado sobre la familia. Madrid: Alianza.

Ellouz, E (2007) Intimididades congeladas, Buenos Aires, Katz.

Ferrer, Ch., comp. (1990) El lenguaje libertario I. El pensamiento anarquista contemporáneo. Montevideo, Nordan- Comunidad.

Foucault, M (2007) El nacimiento de la biopolítica, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Foucault, M (2006) Seguridad, territorio y población, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Foucault, M (2000) Defender la sociedad, México, Fondo de Cultura Económica.

Foucault, M (1996) La verdad y las formas jurídicas, Barcelona, Gedisa.

Lazzarato, M (2000) Del biopoder a la biopolítica, Tomado de <http://www.brumaria.net/textos/Brumaria7/07mauriziolazzarato.htm>

Rose, N (2007) Terapia y poder: Techné y Ethos, en Archipiélago: Cuadernos de crítica de la cultura, N° 76, pags. 101-124.

Rose, N (1996) *Inventing our Selves*, Cambridge, Cambridge University Press.